

El travestismo científico, elevado a la categoría de arte

J. A. MARTÍN - PEREDA

Una de las mayores virtudes del ser humano es la de amoldarse a lo que las necesidades de cada momento le recomiendan. Unas veces puede realizarse de forma pasiva, dejando que los hechos vayan marcando el camino. Otras se torna activa, intentando enderezar los acontecimientos hacia posiciones compatibles con la situación previa, aunque tomando lo que de favorable pueda tener la nueva. Y, finalmente, en algunos casos se trata de seguir haciendo lo mismo aparentando que se hace otra cosa distinta. El primer caso puede conducir al síndrome de veleta. El segundo, al de velero. Pero el último, que es bastante común, a lo único que conduce es al de mistificador.

La aparición en los últimos años de un gran número de programas orientados de I+D, tanto nacionales como regionales o supranacionales, ha conducido a que los científicos o los tecnólogos olviden en ocasiones su libre iniciativa y traten de incorporarse a la locomotora que suponen los fondos proporcionados por dichos programas. Los resultados han sido tan variables como los propios planteamientos iniciales, tanto de los programas como de los individuos.

A nadie, es evidente, puede forzársele, en una situación alejada de la emergencia, a hacer lo que no desea hacer. Por eso en casi todos los casos al lado de los programas orientados existen otros de carácter horizontal que pueden cubrir cualquier demanda. Pero los fondos suelen ser más escasos. Y por ello los investigadores teóricos y los prácticos, los que trabajan en temas asentados y los que lo hacen en emergentes, todos ellos intentan acercarse al calor del hogar que más calienta, que no es otro que el del programa orientado.

Y ahí es cuando se produce la situación de travestismo

científico, que no es sino la mistificación de lo que se hace en aras de una apariencia distinta.

Casos los conocemos todos. Los tenemos tanto cerca como lejos de nuestros laboratorios. A modo de ejemplo, y para que no roce con nadie que pueda sentirse señalado, contaré un caso, viejo conocido mío, que tuvo lugar hace algunos años en un país de la CE, que no es España, pero con el que España ha mantenido durante siglos varios contenciosos.

Entre los temas que de vez en cuando aparecen, y que no evolucionan como en el conocido anuncio de un insecticida que decía eso de "nacem, crecen se reproducen y mueren", sino que con altibajos siguen viviendo más o menos lánguidamente hasta que surge un hecho que los revitaliza y hace que emprendan ya un camino imparable, se encuentra uno al que los laboratorios de grandes empresas y universidades de todo el mundo le llevan dedicando una cierta atención desde hace casi 20 años. Tiene que ver con la informática y tiene que ver con la luz. Esos datos creo son suficientes por ahora.

El tema, cuando se llegue a desarrollar, puede que suponga un vuelco en cómo se entiende hoy la computación. Pero por el momento es sólo una posibilidad mezclada con alguna promesa. Poco más. El hecho es que la CE dedicó una cantidad bastante importante a su estudio. Igual que lo hicieron otros países y algunas grandes industrias.

En ese país de la CE existía un departamento de física que tenía una cierta fama a nivel mundial por sus desarrollos en óptica. Pensó que aquél era el momento de obtener dinero fácil iniciando un tema en el que apenas había nadie. Y lo obtuvo. Y comenzó a elucubrar. Y así ha estado durante varios años. Pero ni fue veleta ni fue velero. Fue simplemente

un travestido que se puso a hacer ingeniería cuando lo suyo era la física. Los resultados que obtuvo estaban tan alejados de la realidad como podían estar los de un ingeniero electrónico dirigiendo una plantación de naranjos en Finlandia.

Al cabo de un cierto tiempo las fuentes que daban los fondos se dieron cuenta de que aquello no tenía ningún sentido y cerraron el grifo. ¿Cuál fue el fallo? Simplemente, no saber el lugar que le correspondía y querer interpretar todos los papeles de la obra, haciendo creer que podía hacerlo. Afortunadamente, a veces se evalúan los resultados, y la publicación de 100 artículos en prestigiosas revistas puede no significar nada, al menos para lo que se quiere obtener.

Es posible que dos o tres grupos más modestos, quizá con síndrome de veleta pero con menos pretensiones, habrían gastado menos y, quién sabe, a lo mejor obtenido más. O que otros con síndrome de velero se hubieran coordinado y hubieran llegado a algo. Pero los que se disfrazan de lo que son y emprenden andaduras ajenas sin preguntar detalles del camino que hay que recorrer, sólo preguntando dónde y cuándo se paga, no suelen llegar a casi nada. Quieren llegar a artistas de la escena científica y a lo que verdaderamente llegan es a artistas de la mistificación. Tarde o temprano, siempre se les reconoce.

Es bueno cambiar de tema. Es bueno cambiar de orientación. Puede ser bueno intentar amoldarse a áreas preferentes. Pero lo que no es bueno es querer engañar diciendo que se hace lo que no se hace y haciendo lo que no se dice que se hace.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.